

Orejas, el vigilante de la 89

Oiga Lucía Vanegas/

A las ocho de la mañana de un soleado día, en una de las cuadras del barrio San Joaquín, aparece en una bicicleta un hombre de orejas grandes con rasgos indígenas muy marcados: es Luis Parménides Mosquera, pero todos lo conocen con el mote de "Orejas": A los treinta y dos años es el vigilante más antiguo de la cuadra. Orejas se acerca a saludar a su primo Carlos, quien estuvo realizando el turno anterior de veinticuatro horas, y sostiene con él una conversación acerca de lo que aconteció la noche anterior.

-Afortunadamente no hubo ladrones que espantar y el carro que le robaron al dueño de la 16-80 fue en el barrio Meléndez.

En menos de diez minutos Carlos se despide y parte para su casa en la bicicleta de Orejas, mientras éste se dirige a colocarse el uniforme de trabajo que tanto odia, dentro de una pequeña caseta negra ubicada al fondo de la cuadra, la que él mismo consiguió siete años después de haber empezado a trabajar en el barrio.

-Me costó mucho levantar esta caseta. Tuve que ahorrar parte de mi sueldo y tampoco fue fácil convencer a los patrones de que era necesaria para la seguridad y que me colaboraran para levantarla. La gente de por aquí no se le ocurría que nuestro trabajo también requiere de condiciones adecuadas. Afortunadamente, otro primo que sabe de construcción me ayudó, y es por eso que no tuve que pedir mucha plata -dice Orejas observando con orgullo la construcción.

Dentro de ella a duras penas caben él, una butaca, una podadora de pasto obsoleta y un mesón no muy grande donde tiene sus implementos de trabajo: una sombrilla, la radio, la linterna, la capa impermeable para la lluvia y un machete oxidado para defenderse, que hasta ahora no ha usado.

Luego de unos minutos, sale de la caseta y se sienta en un banquillo blanco que está en un andén en el centro de la cuadra. Mientras recibe un poco de sombra del árbol que está allado, suspira y con una voz de resignación dice:

-Ahora me toca chupar calor y estar pendiente de todo el que entra, sale y timbra en cada casa y, además, estar a la vista de todos para que luego no digan que uno nunca está cerca.

Aun así, afirma que le agrada su trabajo. Se queda callado unos instantes, mira al cielo, a los lados y, enseguida, queriendo ser sincero, asegura que en realidad no le gusta ser vigilante.

-No porque me dé pena sino porque a veces me toca soportar humillaciones. Hay gente que es especial, pero otros lo tratan a uno como basura. Por ejemplo, hay una señora que no le gusta que le regalen a uno ni un vaso de agua. Pero a pesar de todo uno debe valorar lo que hace y estar agradecido, pues el trabajo está muy escaso en este país y hay mucha gente aguantando hambre.

Mientras espanta zancudos y sacude las hojas que caen del árbol, habla acerca de su oficio, largas horas a las que ya está acostumbrado.

-En el día, uno mantiene ocupado podando jardines con los que nos hacemos un dinero extra; también nos toca hacer mandados a la tienda y ayudar con lo que le pidan a uno. A veces paseamos los perros o a los hijos de los patrones. Además hay que saber vigilar, no es sólo estar sentado como un perro.

Tal vez lo más duro es cuando llega la noche y la cuadra se enmudece porque, con la quietud, el sueño comienza a invadirlo. Es en esos momentos cuando oye los vallenatos de su emisora preferida, pero aun así debe hacer un gran esfuerzo para permanecer despierto. En algunas ocasiones, alrededor de las doce de la noche, siente que lo quieren asustar.

-Alguien llega a la caseta y golpea durísimo y oigo una especie de quejido. Salgo a ver y no hay nadie. Otro día que me senté afuera, sentí que me tocaron y alcancé a ver una mano grandota. Enseguida me paré a buscar y tampoco vi nada, ese día sí me metí un susto horrible. Yo no creo en las brujas yeso que soy del campo. Yo pienso que debe ser un amigo, tal vez es Marino, el viejito cacorro que hacía los reemplazos los domingos y se murió hace un tiempito. Creo que

algo quiere, por eso le digo que se deje ver para preguntarle qué le pasa o qué desea.

Un domingo, en horas de la tarde, los padres de dos jóvenes que viven en la cuadra tuvieron una conversación aparentemente muy tranquila en la entrada de la casa de uno de ellos. De pronto, todos se alteraron y cada padre reprendió a su hijo. Oscar y Pablo, los dos jóvenes, amigos por varios años, fuman marihuana y consumen otras drogas. No era la primera vez que sus padres tenían la misma conversación; sin embargo, había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo hicieron, pues lograron que sus hijos se alejaran y estuvieran limpios. Oscar y Pablo enfurecidos enfrentaron a Carlos, el otro vigilante, quien había iniciado su turno hacía unas pocas horas.

-¡Sapo, hijueputa! ¿Por qué no dejás de meterte en lo que no te importa? -Le gritaba Pablo, mientras su padre trataba de calmarlo

-¡Sí, ya estás peor que todas las mantecas juntas! -Le decía Óscar

Carlos sin entender por qué lo acusaban respondió:

-Pero, ¿por qué me echan la culpa, si yo no tuve el turno anoche?

Orejas fue el que estuvo aquí ayer.

-¡Cuando vea al otro malparido lo voy a encender! -gritó Pablo.

La noche anterior a la discusión, los padres de Óscar se habían ido para la finca. Aprovechando su ausencia invitó a Pablo y a otros amigos a una rumba en la casa. Orejas, en una de sus rondas por la cuadra, alcanzó a observar las personas que estaban dentro y percibió el olor a marihuana. Por eso, cuando terminó su turno y se fue a descansar decidió llamar a la mamá de Oscar para contarle lo que sucedió.

Cuando volvió el lunes, Carlos le contó el escándalo que armaron los muchachos. Aterrorizado, Orejas se refugió en la caseta la mayor parte del día.

- Yo hablé con doña Libia porque quiero ayudar a Oscar, porque él y los papás han sido siempre muy buenas personas; lo único malo que tiene ese muchacho es esa amistad. Uno de vigilante se da cuenta de todo y por eso siento que tengo una responsabilidad, aun-

que a lo mejor me cueste que Pablo me quiera dar una golpiza y que Oscar no me vuelva a hablar.

El mayor problema de la cuadra, según Orejas, es la drogadicción. A pesar de que todos los vecinos saben lo que ocurre, no se han unido para combatirlo porque piensan que ese es un problema de los otros.

- Hasta hace unos meses, en esta cuadra vivieron unos manes drogadictos, de Buenaventura, que les vendían la droga a los demás muchachos del barrio, no sólo a Pablo y Ósear. Y aunque los tipos se fueron de la cuadra, viven por aquí cerca y continuamente se dan su vuelta por estos lados. Varias familias se han tenido que ir de aquí para alejar a sus hijos de las drogas.

Por otro lado tuvieron un problema de inseguridad cuando una empleada robó dinero. Desde entonces, Orejas se ha preocupado porque los habitantes de la cuadra sean muy cautelosos cuando dejan entrar otra persona en sus hogares.

- Nadie se imaginaba que esa mujer era una infiltrada de la guerrilla. Al darse cuenta que esa familia no era de las poderosas, decidió abandonar ese puesto, pero ella no se iba a ir con las manos vacías y cuando menos lo esperábamos un día se fue y se llevó una plata de los patrones. A los meses de haber sucedido esto, vino la policía a buscarla y por eso descubrimos que era guerrillera.

Más tarde observa que en la casa de la esquina está timbrando un hombre que le parece extraño. Se dirige, un poco preocupado, hacia allá porque no es un cartero, ni el lotero, ni el que vende las arepas o el mango, ni el de los helados o el de los zapatos, los que siempre visitan la cuadra. A unos cuantos metros de distancia, se da cuenta que es una persona que llega a las casas hablando de Dios. Después de un tiempo, el hombre intenta vender una Biblia. No se aparta del lugar hasta que la empleada cierra la puerta y, luego, lo sigue discretamente de casa en casa. Finalmente, el vendedor abandona la cuadra y Orejas regresa a su caseta.

- Esto es lo que yo llamo malicia indígena, que sirve hasta para vigilar. Hay que desconfiar de todo el que no sea el patrón y sus hijos. Yo desconfío hasta de las empleadas, yeso que a la mayoría las conozco bien. Si no tuviera este uniforme podría pasar más desapercibido para los ladrones, pues ellos siempre llegan y buscan primero al

vigilante para amarrarlo o quién sabe qué, pero si no supieran quién es, uno trabajaría mejor. Hay que ser malicioso.

La malicia para Orejas es sinónimo de inteligencia y astucia, y es el recurso que también utiliza para conquistar mujeres; tiene una lista larga: setenta en toda su vida.

- Yo no soy un hombre pintoso, pero levanto. Cómo será que en estos momentos tengo cuatro novias. A veces, no soy ni siquiera yo el que las busca, ellas son las que me llaman. Lo único que hago es decirles lo que a ellas les gusta que les digan y así caen.

Julia, una empleada del barrio, que en ese instante le lleva un jugo, se queda por un momento y cuando oye a Orejas suelta una risa estruendosa. Luego se calma y sin querer ser coqueta dice:

- Sí, aunque feo, es un hombre muy caballeroso y agradable y por eso tal vez llama la atención.

- Es que las mujeres son para consentirlas y quererlas. Nunca en la vida le he pegado a una mujer. Las respeto y exijo que me respeten, por eso no las insulto y cuando ellas lo hacen, ahí acaba todo. El respeto debe ser verbal y físico, y para los problemas, pues existe el diálogo.

Cuando habla de sus relaciones, con picardía enfatiza:

- No comparto que la mujer se acueste conmigo de una, tampoco la que está con uno y con otro, porque la mujer se debe valorar como mujer.

Pero creo que en uno como hombre sí está bien. Con las mujeres que estoy no comparto el sexo rutinario, porque sino se enfría. Me gusta hacer el amor en diferentes partes: en el río, en el campo, en las gradas o en la cocina.

Orejas hasta ahora nunca ha estado con una sola mujer. Aunque en febrero del 2002, cuando decidió dedicarse únicamente a estudiar, se propuso la meta de vivir un año sin alcohol, rumba y mujeres y, según él, lo logró. Desde que terminó su penitencia, aunque menos rumbero, volvió a ser el mismo hombre mujeriego y cree que lo seguirá siendo hasta que llegue la mujer que de verdad lo enamore y sólo, entonces, será fiel.

Cuando era niño Orejas vivía en el campo con sus padres y seis hermanos. Fue una época marcada por el hambre, a pesar de que "allá hay mucha fruta y leche, pero de sólo eso no se puede vivir":

En la finca la familia tenía cultivos poco rentables y por eso sus padres únicamente le dieron educación hasta primero de primaria. Orejas nunca pudo tener un juguete. Lo único que nunca le faltó fue el amor de su familia.

-Afortunadamente tuve buenos padres. Ellos nunca nos maltrataban, sólo nos pegaban cuando era necesario. No tuve una niñez traumática, pero pienso que cuando yo tenga un hijo es porque le puedo dar todo lo que a mí no me dieron, y por eso los evito por ahora.

A pesar de esto comenta que adora a los niños, aprendió a quererlos cuando perteneció a la religión evangélica. Siempre recuerda una frase de la Biblia, que hace parte de la canción que más le gustaba cantar cuando asistía a los cultos: "Dejad que los niños vengan a mí": Todavía cree en Dios, y piensa que sólo volverá a los cultos cuando se arrepienta de sus acciones y actúe según lo que dice la Biblia, es decir, dejando de ser promiscuo para ser salvado en vida y no ir al infierno.

Orejas llegó a Cali hace tres años, huyendo del F2, de los que él llama "los matones del gobierno": En ese entonces era un vocero de los cabildos indígenas del departamento del Cauca, grupos que se dedicaban a invadir las tierras ancestrales que fueron robadas por los grandes terratenientes.

-Mi interés principal al hacer parte de los cabildos era luchar por el respeto a los derechos indígenas, pero como el gobierno quiso callarme, así como se callan a todos los líderes de este país, tuve que convertirme en otro desplazado.

Después de varios meses de buscar empleo, ingresó a trabajar como operador de planta en una empresa que fabrica artículos deportivos. Luego de dos años de ser explotado por muy poco dinero, decidió retirarse y ocupar el puesto de vigilante que su hermano estaba a punto de abandonar.

-Recién empecé a trabajar aquí, así como los vigilantes de otras cuadras, no estaba capacitado. Por eso pensé que era necesario que todos fuéramos instruidos y tomé la iniciativa para buscar ayudas.

Recurrió a la policía y consiguió unos cursos de vigilancia comunitaria para él y sus colegas, donde les enseñaron técnicas de defensa personal, de seguridad y sobre todo de relaciones humanas.

-Comprendí que uno no puede ser vulgar, hay que conservar la distancia y ser muy correcto en lo que se hace; por eso ya no me meto con las empleadas. También he tenido patronas que han querido estar conmigo y no he sido capaz. Una vez la esposa de un patrón me llamó y cuando entré a la casa ella estaba patiabierta, insinuándose. Pero los patrones son los patrones y es mejor ser prudente.

Algo muy importante para Orejas es ganarse la confianza de los vecinos y se esmera por no defraudarlos: por eso no ha robado.

- La tentación la he tenido. Aquí vivía un traqueto que se fue de viaje por un mes y me dejó las llaves, de la casa para que le regara las matas. A él, seguramente, se le olvidó cerrar la caja fuerte y ahí habla varios millonzotes. Yo me pude haber volado con esa plata, y sí se me pasó por la cabeza, pero al final no lo hice.

Dice que no le paga mal a quien lo estima y lo ha ayudado y que el día que se retire lo hará con la frente en alto.

Actualmente es un agente activo de la Organización Central de Vigilancia, que opera con la Policía y la Secretaría de Gobierno. Esta organización consiste en agrupar a los vigilantes del municipio para conseguirles estudio, salud y contratos. Desafortunadamente los programas no han tenido el éxito esperado y eso lo ha desamado.

-No hay apoyo por parte de los mismos vigilantes. Hay muchos que no quieren las cosas ni regaladas.,

Después de realizar una ardua gestión consiguió ayuda del sector privado. Le dieron doscientos cuadernos, lápices, lapiceros y borradores. El día que se repartieron los útiles se presentaron más de doscientas personas, el día de la iniciación de clases ochenta. Al final sólo quedó una.

- Es cuestión de cultura, pues se les quiso dar estudio y no. o recibieron porque pensaban que era demasiado tarde para estudiar. Nada más fueron a la inauguración para coger los útiles para sus hijos, pero no pensando en ellos mismos. Quieren ser vigilantes toda su vida y nunca van a salir adelante.

Aun así continúa con su actitud de liderazgo y deseo de superación. Está a punto de graduarse del colegio, donde es personero.

Entre sus planes están el de luchar muy duro para llegar a ser un gran abogado. Y por eso, asegura:

- Sé que algún día lo voy a lograr, porque imposible es lo que uno no hace.

Junio de 2003

La reina de la noche

Carlos Andrés Arismendi Muñoz'

Nací en Cali hace veintiséis años y soy estilista desde hace seis. Trabajo en todo lo que tiene que ver con belleza, maquillaje, corte y asesoría de imagen. Fuera de la peluquería trabajo como maquillador para comerciales y he hecho alrededor de unos treinta catálogos de ropa. También hago fotografía, doy asesorías de pasarela y hago shows: soy transformista desde hace cuatro años. Considero que es un arte, otra forma de mostrar el sentimiento y la creatividad del ser humano.

Cada show me lo pagan dependiendo del sitio. A veces me pagan doscientos cincuenta mil pesos, doscientos. Hay otros que de pronto no tienen mucho presupuesto; entonces, dependiendo de qué tan amigo sea del dueño, le cobro menos o lo hago gratis.

El proceso de transformación para un show varía de acuerdo con lo que vaya a hacer. A la hora de maquillarme no tengo un reglamento. Puedo empezar con los ojos, luego la piel, después la boca. No tengo un parámetro a seguir. Hay veces que me tengo que poner muchas cosas en la cabeza. Entonces empiezo primero por eso, luego me maquillo, después me visto. Eso sí, lo último que hago es ponerme los zapatos, porque cuando me pongo los zapatos es como si empezara un acto de magia. Ya soy Erick, ya soy el artista. Siempre he creído que la magia de un transformista está en los zapatos.

Los zapatos varían de acuerdo con lo que uno vaya a hacer. Por ejemplo, cuando bailo tango, pues tengo zapatos para tango, igual zapatos para música mexicana, para salsa, etc. Todo depende de la ocasión, del día, de la discoteca, de la hora, de qué tanto impacto vaya a tener el show. Además, un hombre se viste de mujer porque quiere llamar la atención, entonces hay que llamarla a través de los zapatos.

1 Cali, 1983. Egresado de Administración de Empresas, Universidad [cesi, Cali.